

Temas de discusión

EL TEATRO Y LA CRISIS DE LOS MODELOS Y UTOPIAS EN EL FIN DE SIGLO: **¿QUÉ TEATRO? ¿QUÉ MODELOS? ¿QUÉ UTOPIAS?**

LUIS VAISMAN

Depto. de Literatura U. de Chile

Cuando se me plantea una reflexión sobre el teatro, así, en general, mi primera reacción es de desconcierto. Porque ¿qué es el teatro, hoy día?

Por una parte, tenemos el teatro que escriben los dramaturgos. Por otra parte, tenemos el teatro que presentan al público los montadores del espectáculo a través de la puesta en escena. Cuando se afirma, por ejemplo, que existe hoy una tendencia a romper la linealidad del argumento, a desarticular la estructura de la acción dramática, a romper el ilusionismo sicologista del personaje, o a desbaratar la articulación lógica del lenguaje, se pone el dedo sobre elementos que existen en el texto que escribe el dramaturgo, y que son como son llévese o no la obra a la escena; cuando se sostiene que se tiende ahora a la sugestión de atmósferas antes que a la comunicación de anécdotas se hace referencia tanto a una cualidad cuyo origen se encuentra en el texto —piénsese en el teatro de Chéjov— como



a un producto que puede ser original de la puesta en escena: un montaje "atmosférico" puede o no corresponder a una cualidad similar del texto; y cuando se identifica como una característica del teatro contemporáneo la concepción de la puesta en escena como el verdadero lugar de la creación teatral, el

texto, ese que registra diálogos y didascalía, es dejado al margen del teatro, en calidad de mero pretexto o sugerencia para la imaginación creadora del director.

Estas consideraciones, naturalmente, no hacen sino recoger la conflictiva relación que a lo largo de este siglo han mantenido el texto dramático y la obra teatral, a la que contribuye en no poca medida el que tanto a uno como a otra convenga, en el uso habitual del idioma, la denominación "obra de teatro" ("obra para el teatro", "obra en el teatro"). Si las traigo aquí a colación es porque no estoy en absoluto seguro de que ambos objetos —texto y puesta en escena— se mueven

siempre en la misma dirección, estando, como lo están, el uno sometido de modo prioritario a las influencias de las tradiciones e innovaciones de las artes verbales, y el otro principalmente a las influencias de las artes visuales. Ya esto debería precaver respecto de suponer apresuradamente que los textos dramáticos y las puestas en escena reaccionan del mismo modo a "la crisis de los modelos y utopías", aun cuando en el caso de las obras contemporáneas, la copertenencia de autores y directores a una misma comunidad cultural (pero, ¿es esto realmente así? ¿en qué medida?) parece autorizar la suposición de criterios estéticos, conocimientos técnicos y preferencias temáticas en buena medida compartidos, lo que no ocurre con ocasión de la puesta en escena de obras de teatro clásico. (El problema de cómo afecta al montaje de obras clásicas "la crisis de modelos y utopías" me parece un asunto interesantísimo, pero que no voy a abordar aquí).

En cuanto a la crisis de los modelos -teatrales, debo entender, en el sentido de conjuntos de normas, supongo-, ésta no me parece una particularidad del fin del siglo: la gran crisis de los modelos, tanto en el plano de la literatura dramática como en el de la puesta en escena, ocurrió a principios de este siglo, y sus consecuencias lo atraviesan en su totalidad. Los embates más violentos contra el modelo textual *aristotélico* ocurren aproximadamente durante el primer tercio: lo llevan a cabo -sentando con ellos nuevos modelos- el expresionismo, el surrealismo, la concepción épico-dialéctica de Brecht. A ellos se añade el teatro del absurdo, mediada la centuria. En el plano de la puesta en escena, la postulación combativa de su importancia estética como medio fundamental de expresión data también de la misma época. La subsiguiente proliferación de modelos que caracteriza a nuestro siglo, además de disminuir la potencia normativa de ellos, produjo entrelazamientos, intersecciones, mezclas cada vez más difíciles de remitir con propiedad a modelos determinados, incrementándose así progresivamente la conciencia libe-

La incidencia de las utopías en el teatro contemporáneo me parece que en rigor debería limitarse al modelo épico-dialéctico; su existencia misma se funda en la intención de promover una utopía.

radora en los creadores. Desaparecido -o casi- el conjunto de obligaciones y prohibiciones en que consisten los modelos, todo parece estar permitido. (Incidentalmente, esta es otra razón para desconcertarse al enfrentar una reflexión sobre el teatro). Esto me parece un efecto de fin de siglo de la crisis de los modelos producida en sus comienzos.

Por último, la incidencia de las utopías en el teatro contemporáneo me parece que en rigor debería limitarse al modelo épico-dialéctico; su existencia misma se funda en la intención de promover una utopía. Por eso, la crisis de la una afecta la vigencia del otro. Fenómeno muy notorio, por lo demás, debido a la amplitud y duración de su influencia en la práctica teatral de Latinoamérica.

Todo esto me lleva a pensar que, en este fin de siglo, el teatro ya no va a ninguna parte. Pero entiéndase bien: no digo que esté estancado o en franca decadencia; sólo digo que no creo que el teatro se mueva en una dirección determinada, sino en muchas, cuyo principio de coherencia a mí, por lo menos, se me escapa. A pesar de escuchar muy a menudo que "hacia allá camina (= debe caminar) hoy el teatro" en boca de quienes lo practican y/o lo explican frecuentemente con gran talento y poder de convicción, sigo creyendo que no es lo mismo señalar hacia dónde se mueve hoy el teatro que generalizar a partir de por dónde anda hoy cada cual empujando su propio teatro. •